

NECESITAMOS UNA REVOLUCIÓN

14 de Agosto de 2016

Evangelio según LUCAS 12, 49-53

Dijo Jesús a sus discípulos:

—Fuego he venido a lanzar a la tierra, y ¡qué más quiero si ya ha prendido! Pero tengo que ser sumergido por las aguas y no veo la hora de que eso se cumpla.

¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? Os digo que paz no, sino división. Porque, de ahora en adelante, una familia de cinco estará dividida: tres contra dos y dos contra tres; se dividirá padre contra hijo e hijo contra padre, madre contra hija e hija contra madre, la suegra contra su nuera y la nuera contra la suegra.



Son bastantes los cristianos que, instalados en una situación social cómoda, tienden a considerar el cristianismo como una religión que invariablemente debe preocuparse de mantener la ley y el orden establecido.

Por eso resulta tan extraño escuchar en labios de Jesús dichos que invitan no al inmovilismo o conservadurismo, sino al cambio profundo y radical de la sociedad: «He venido a prender fuego en el mundo, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!... ¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz? No, sino división». No nos resulta fácil imaginar a Jesús como alguien que trae un fuego destinado a destruir tanta impureza, mentira, violencia e injusticia. Un Espíritu capaz de transformar el mundo de manera radical, aun a costa de enfrentar y dividir a las personas.

El que ha entendido a Jesús vive y actúa

movido secretamente por la pasión de colaborar en un cambio total. Quien sigue a Jesús lleva la «revolución» en su corazón. Una revolución que no es «golpe de Estado», cambio de gobierno, insurrección o relevo político, sino búsqueda de una sociedad más justa.



El orden que con frecuencia defendemos es todavía un desorden, pues no hemos logrado dar de comer a todos los pobres, ni garantizar sus derechos a toda persona, ni siquiera eliminar las guerras.

Necesitamos una revolución que transforme las conciencias de las personas y de los pueblos. Herbert Marcuse escribía que necesitamos un mundo «en el que la competencia, la lucha de los individuos unos contra otros, el engaño, la crueldad y la masacre ya no tengan razón de ser».

Quien sigue a Jesús vive buscando ardientemente que el fuego encendido por él arda cada vez más en este mundo. Pero antes que nada se exige a sí mismo una transformación radical. «Solo se pide a los cristianos que sean auténticos. Esta es verdaderamente la revolución» (Emmanuel Muounier).

"El que quiera ser amado, que ame".

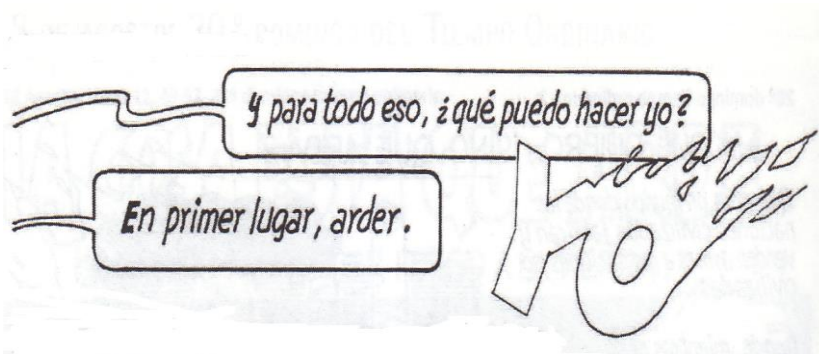
Le preguntaron a **Mahatma Gandhi** cuáles son los factores que destruyen al ser humano. Él respondió así:

- La Política sin principios, el Placer sin compromiso, la Riqueza sin trabajo, la Sabiduría sin carácter, los Negocios sin moral, la Ciencia sin humanidad y la Oración sin caridad. La vida me ha enseñado que la gente es amable, si yo soy amable; que las personas están tristes, si estoy triste; que todos me quieren, si yo los quiero; que todos son malos, si yo los odio; que hay caras sonrientes, si les sonrío; que hay caras amargas, si estoy amargado; que el mundo está feliz, si yo soy feliz; que la gente es enojona, si yo soy enojón; que las personas son agradecidas, si yo soy agradecido. **La vida es como un espejo**: Si sonrío, el espejo me devuelve la sonrisa. La actitud que tome frente a la vida, es la misma que la vida tomará ante mí.

Conviene que ninguno escapemos de la responsabilidad que nos toca asumir. En el cuarto, en la calle, en la estructura pública en la que cada uno pueda aportar su servicio a la humanidad. Pasar haciendo el bien no es algo optativo para nadie. «Quien no vive para servir, no sirve para vivir», se atrevió a expresar alguien. El mundo debe cambiar. El mundo puede cambiar. Nosotros debemos cambiarlo. Y somos muchos los que queremos asumir este compromiso.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Vivo para servir?
- ¿Me comprometo en la lucha contra la injusticia?
- ¿Es mi vida una esperanza para los oprimidos?



Fuegos que debemos encender dentro de nosotros: el desequilibrio dinámico que nos impulsa a no dormirnos; el desarrollo de nuestras capacidades; el fuego del amor concreto, que se traduce en obras; el conocimiento más profundo de Jesús, que nos impulse a vivir como él; el fuego por la vida...

Fuegos que hay que encender fuera de nosotros: el de la cruzada contra el hambre, la injusticia y el desamor en el mundo; el fuego purificador de la corrupción o la hipocresía; un fuego que caliente a los abandonados; el fuego que queme la indiferencia y el pasotismo...

Fuegos que hay que apagar: las ínfulas de quienes se creen importantes e imprescindibles, y con más derechos que los demás; el ardor de las drogas (alcohol, cocaína y otras), que arrastra a la gente hacia la autodestrucción; el fuego que quema la selva de la Amazonia; todos los fuegos fatuos que encendemos para ocultar nuestra podredumbre.

José Luis Cortés